



LA CIUDAD DE DENIA.

Segun el Dr. Paláu, en sus Memorias manuscritas, parece probable que la ciudad de Denia se fundó por los Sagas, casi al mismo tiempo que Sagunto, cuya poblacion tomó el nombre de aquellos, añadiendo «que lo verificarían por la comodidad y seguridad de su puerto, por la fortaleza natural de su sitio, que es un peñon aislado á la lengua del mar, y por el altísimo monte próximo llamado Mongon, tan á propósito para descubrir y atalayar desde su cuembre todo el golfo Sucronense;» cuya congetura la pretende apoyar dicho Dr. Paláu, en una lápida de mármol blanquísimo que asegura habia en su tiempo, sobre un portalizo, con inscripciones ó letras de lengua Aramea ó de los Sagas; pero la opinion mas aproximada á la verdad y generalizada entre los escritores que han hablado de Denia, que lo son además del Dr. Paláu, Rodrigo Mendez Silva, Estrabon, Plinio, Beuter, Carrillo, Mariana, Marleta, Escolano, Diago, Aponte, Florian, Alderete, Garibay, Morales, Padilla, Cavanilles y Medina y Mesa, no cabe duda que la referida ciudad debe su origen á los Zazintos, naturales de la isla de Zazinto, hoy Zante, en el mar Jónico, quienes trajeron consigo un ídolo de la diosa y levantaron el primer templo donde tuvo principio en España la idolatría griega, cuyo templo fué luego tan célebre por su suntuosidad y magnificencia, y del cual nos ocuparemos en otro artículo.

Desde tiempos muy remotos se dieron á Denia los nombres de Hemerescopium, Artemisium y Dianium y en el de los romanos jugó siempre un papel muy

principal, como lo atestiguan los autores que dejamos citados, y los monumentos que, aunque mutilados y esparcidos por do quiera, aun se conservan, siendo entre otros, acueductos solidísimos, restos de muros, lápidas, monedas, mosaicos, anforas y mil y mil antiguallas, que el arado, el pico y la azada sacan á la superficie, permitiendo al observador y al filósofo contemplar tanta grandeza, y convencerse de la inestabilidad de las cosas humanas.

Los soldados de Verres, en sus depredaciones y correrías, suponían haber huido de Denia y á la misma consta que llegaron enviados por Mitridates, L. Magio y L. Rabio, desertores romanos, para concertar con Sertorio la guerra contra la reina del mundo, y tambien, que habiendo sufrido una escasez horrorosa, la socorrió uno de sus hijos, importando abastecimientos, con grandes gastos y dificultades, y distribuyéndolos liberalmente entre todos los ciudadanos, por lo que mereció se le erigiese una estatua.

Annibal al destruir á Sagunto, despues de la heroica defensa de sus moradores, pensó hacer lo propio con su compañera Dianium ó Denia, mas se dice que se arrepintió y que la perdonó por respetos al templo de Diana.

Los hermanos Escipiones conquistaron nuestra ciudad, pero se reveló al frente de sus capitanes Indivil y Mandomio, los cuales fueron vencidos por L. Léntulo; y vuelta á revelar con los demás pueblos Sedetanos, sujetó á todos y les ganó una sangrienta batalla el cónsul Caton, en un llano á menos de un

7 DE MAYO DE 1848.

cuarto de legua de Denia, levantando en honor de la diosa Palas un pequeño templo de admirable hechura, en el que colocó una estatua de cobre de la diosa, con la siguiente inscripcion que se llevó á Roma un Nuncio de Su Santidad. «Aquí acabó Catón con los restos de los enemigos de Roma, levantó este pequeño templo labrado con maravilloso artificio, y dejó en él la estatua de Palas hecha de cobre; obedezcan, pues, y sepan todos, que el imperio del Senado y pueblo de Roma es amparado y protegido por el poder de sus dioses y por el valor de sus soldados.»

Todavía se reveló otra vez Denia contra el colosal poder de los romanos, por haber fijado en ella sus reales Sertorio y Perpenna, hasta que muerto á puñaladas el primero dentro de sus muros, y destrozado y vencido el segundo, en sus inmediaciones, por Pompeyo el Grande, setenta años antes de Cristo, quedó definitivamente sujeta, por cuarta vez, al yugo de sus conquistadores, que la conservaron, si bien por haberse inclinado á una de las parcialidades y bandos que promovieron lastimosamente aquel y Julio César, se la redujo á ciudad estipendiaria, como Segorbe, únicas poblaciones á las cuales, segun refiere Plinio, se las impuso tal castigo, en el reino de Valencia.

Muy poco ó nada encontramos digno de mencionarse de Denia hasta la entrada de los Godos, en cuyo intermedio fué de las primeras que abrazaron la religion del Crucificado, sufriendo la palma del martirio sus hijos Lucio y Fortunato, y de las que quedaron destruidas por los bárbaros del Norte. La ganaron los árabes el año 715, en cuyo poder permaneció hasta la conquista del rey D. Jaime, quien la honró con franquicias y privilegios extraordinarios, habiendo sido tomada el 11 de Mayo de 1244 por su famoso capitan Pedro Carrós, siendo lo mas particular que bajo la dominacion sarracénica tuvo reyes propios, llamados Murgeyt, Aly, Almudajar, Benalfanje, Lobo, Avengumeda, Madoje y Zaen, que los cristianos que en ella habia conservaron su culto y sus ministros, que fué silla episcopal, y que los nombres de sus obispos Antonio Maurelo, Felix y Marciano se mencionan en los concilios de Toledo.

En 1323 la cedió desde Barcelona el rey D. Jaime II al infante su hijo D. Pedro, y este al suyo, Don Alonso, sobrino del rey D. Alonso de Aragon, quien el día de Navidad de 1356 y en presencia del Papa Inocencio VI, la dió el título de condado, que fué el primero que hubo en el reino.

Los reyes Católicos la hicieron marquesado en tiempo del conde D. Diego Gomez de Sandoval, á quien la cedió el infante D. Juan en 1431, y cuando se incorporó á la corona en 1804, con su término y puerto, correspondía al Excmo. Sr. duque de Medinaceli.

Denia quedó casi despoblada con la espulsion de los moriscos, y sus fértiles campos sin el menor cultivo, habiéndola abandonado luego sus pocos habitantes, porque estancándose las aguas en dichos campos, malearon la atmósfera y produjeron epidemias y otras muchas enfermedades, que una tradicion crédula, interesada y sin fundamento, supone existen aun en la actualidad.

En 1520 se refugió al castillo de esta ciudad Don Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mélito, virey y capitan general del reino, segun un historiador «con un mundo abreviado de grandes y personajes» á consecuencia del levantamiento, llamado Germanía, que no pudo reprimir y que faltó poco para costarle la vida.

El rey D. Felipe III la hizo ciudad en 4 de Agosto de 1612, siendo curiosísimos los motivos que se alegan en el privilegio espontáneo concedido al efecto, que tenemos á la vista, y cuyo preámbulo vamos á transcribir. «Por lo cual, dice, como la villa de Denia puesta en la orilla del mar de nuestro reino de Valencia, por lo que sabemos de antiquísimas historias, fué fundada antiguamente por los Zazintos, naturales de la isla de Zazinto, en el mar Jonio de la Grecia, conocida desde entonces por magnífica y amplísima ciudad, llamada por los griegos sus fundadores Hemerescopium, y despues por los latinos Dianium, por razon del magnífico y suntuoso templo que los mismos Zazintos fundaron al pié de un montecito que mira hácia Morviedro, dedicado á la diosa Diana, por lo cual la dicha ciudad fué por entonces no solo pobladísima y grande sino celebrísima por la frecuencia de las naciones extranjeras que acudían á visitar y honrar dicho templo, hasta que vencida de las injurias de los tiempos y caídas de fortuna, perdió su antigua grandeza, quedando solo algunos rastros y vestigios antiquísimos que dan bastante prueba y fidelísimo testimonio de lo que fué: sabemos tambien, que el sitio de Denia es muy cómodo, deleitable y apto para todas las cosas del mar y que tiene grande, ameno y fértil territorio, ceñido y guarnecido naturalmente contra cualquiera invasiones de enemigos, y que el mismo lugar, cuya fundacion muchísimos siglos antes de la venida de Jesucristo Nuestro Señor al mundo y de cerca de trescientos años á esta parte, ha sido cabeza no solo de condado, sino tambien de marquesado y al presente lo es, teniendo como tiene un puerto seguro, harto capaz y jurisdiccion no pequeña ni vulgar, y que posee otras calidades dignas de toda consideracion; atendiendo á todas ellas y tambien á que el ilustre D. Francisco Gomez de Sandoval y Borja, duque de Lerma, marqués de Denia nuestro carísimo primo, etc.»

En la guerra de sucesion sufrió Denia tres sitios y en el tercero la tomó por asalto en 17 de Noviembre de 1704 el caballero Asfel, general del ejército de Felipe V, y en 19 de Enero de 1812 se enseñorearon de ella los franceses por falta de fuerzas españolas que les opusiesen resistencia.

Es patria de muchos hombres célebres en armas y letras, contándose entre los primeros Tito, Jonío, Severo, Tribuno de la Legion vigésima, llamada la Vencedora, el capitan Pedrós, conocido por el caballero, y los capitanes de la armada Morell, Gregorio Natin, Miralles, Noguera y otros; y entre los segundos, el Dr. D. Andrés de Guillonda, el P. Fr. Vicente Palau, el licenciado Antonio Verdalet y el dean de Orihuela Dr. D. Marcos Antonio Palau.

Los vecinos de Denia son pacíficos, honrados, laboriosos, tolerantes en sus opiniones y de una instruccion nada vulgar, y así es que viven en una paz envidiable y que su agricultura y comercio van

prosperando, sin que puedan remontarse á la altura que debieran por la falta de caminos y por no habilitarse su cómodo y seguro puerto, única ánclora de salvación, en muchas leguas, de los infelices navegantes.

En 1842 se estableció una sociedad agrícola por acciones para la conducción y aprovechamiento de aguas, que lleva muy adelantados sus trabajos; ahora acaba de fundarse otra con el título de Círculo Densiense, con mesas de villar y de otros juegos y con gabinetes de lectura y de antigüedades, y el ayuntamiento, después de arreglar el servicio de serenos y de alumbrado de reverberos, tiene contratado con la compañía de Silva-Porto el empedrado de las calles, con las aceras de asfalto ó betún eterno.

El estenso término de la ciudad, sembrado de lindas alquerías, donde sus dueños pasan la temporada de verano y parte del otoño, cubierto de eterno verdor por los viñedos, algarrobos, higueras, olivos, palmeras y otros árboles, hasta de América, que crecen y le adornan, y embalsamado con la fragancia del tomillo, romero, jazmín y mil y mil arbustos y flores que se multiplican espontáneamente; produce trigo, cebada, maíz, legumbres de todas clases, aceite, vino, pasa moscatel y de planta, higos, seda, lino, cáñamo, granadas, naranjas y limones etc., haciéndose mas y mas grata la vista y permanencia en dicho término, por los portentos de la industria que se admiran, aun en aquellos sitios destinados por la naturaleza á una esterilidad perpetua, por los vientos del mar que templan el excesivo calor que suele hacer, por el horizonte despejado que se descubre, y porque apenas se conocen los rigores del invierno, siendo un fenómeno extraordinario las nieves y los hielos.

Denia es plaza fuerte de tercera clase, tiene de guarnición una compañía y una sección de artillería, dista doce leguas y media de Alicante, capital de la provincia, otras tantas de Valencia, y no escasean las proporciones de hacer cómodos viajes, desde su puerto, á Francia, Inglaterra y aun á las Américas.

REMILIO SALOMON.

VIAJE DESDE ALEJANDRIA (BAJO EGIPTO) HASTA LAS PIRÁMIDES DE DJESA, POR ROSETA, EL CAIRO, ETC.

Alejandría, capital del bajo Egipto, fué fundada por Alejandro Magno el año 531 antes de la era cristiana. Esta ciudad está situada en una lengua de tierra arenosa en forma de istmo, al Oeste del Delta del Nilo, entre el lago *Mareotis*, el puerto de la isla de *Pharos* en el Mediterráneo, y el límite del gran desierto de la Libia.

Vista desde el puerto, parece absolutamente una ciudad europea; pero esta semejanza desaparece apenas entra uno en sus calles. La ciudad moderna está cercada por un muro de piedra bastante alto, con cuatro puertas, aumentando su defensa un foso ancho y profundo. El interior, á escepcion del barrio de los Francos no es sino una serie de callejuelas estrechas, sucias y sin empedrado, en las cuales el transeúnte tiene continuamente que disputar el paso á una confusa multitud de camellos, burros, aguadores, mendigos, y lo que es mas repugnante aun, á esas hordas de asquerosos y salvajes perros tan comunes en to-

das las ciudades musulmanas. A pesar de todos estos inconvenientes, Alejandría es el punto en que está mas á gusto el extranjero, pues sus habitantes son en general muy afables, y el traje europeo no espone allí, como en otras ciudades de Levante, á injurias ni persecuciones.

A pesar de lo decaído que está hoy su comercio, en comparación de la importancia enorme que tuvo en otros tiempos, es todavía uno de los puntos mas comerciales de Levante, y una escala importantísima de los vapores de correspondencia con la India. Es depósito tambien de todas las producciones y comercio de Egipto, y del que se hace con el Archipiélago, Constantinopla, Siria, el mar Negro y el Rojo, por su ventajosa situación en el Mediterráneo; lo cual atrae á su seno un inmenso concurso de viajeros de todas las naciones mercantiles, que mantienen allí sus consules, con tanta mas razón, cuanto que su puerto es el mejor que se encuentra en el estenso litoral de las costas de Africa desde Tunez hasta la Siria.

La antigua Alejandría, fundada por Alejandro, tenía una circunferencia de cinco leguas, con una población de 300,000 habitantes é igual número de esclavos. Una calle magnífica que tenía 2,000 pies de longitud, atravesaba la ciudad desde la puerta del mar hasta la llamada Canópica, teniendo por una parte vistas al Mediterráneo y por otra al lago *Mareotis*; y otra calle de la misma estension la dividía formando un ángulo recto.

Después de tres siglos de prosperidad, pasó Alejandría como todo el Egipto á la dominación romana; y durante la guerra de César, se incendió una parte del barrio llamado *Brochion*, en la cual existían la famosa biblioteca y el museo. Sin embargo, una vez sometida al imperio romano, 29 años antes de Jesucristo, volvió á recuperar su esplendor antiguo hasta la época de la invasión de los sarracenos, y bajo el kalifato de Omar siguió la suerte de todo el Egipto. El lugar teniente de aquel monarca, al penetrar en su recinto después de un largo sitio, quedó penetrado de admiración al contemplar su grandeza y magnificencia. En la relación de su conquista decía aquel general que la ciudad contaba 4,000 palacios, 400 plazas públicas, 4,000 baños, 40,000 judíos y 12,000 almacenes. Es muy problemático el que la biblioteca fuese incendiada por orden de Omar, habiéndolo ya sido en la época que antes dijimos. Ahora no encuentra el viajero en aquellos sitios sino una vasta llanura surcada de trincheras, perforada por mil pozos, restos de murallas y columnas antiguas mezclados con una multitud de tumbas modernas, á las cuales dan sombra algunas palmeras é higueras de la India; y á su vista anublada por la tristeza que infunde el espectáculo de aquella desolación, no se presentan otros seres vivientes, sino los buhos, murciélagos y chakales, solos habitantes de aquellas ilustres ruinas.

La población de la ciudad moderna, relegada como antes dijimos en la estrecha lengua de tierra que une al continente la isla del Faro, no pasa de 25,000 habitantes, entre Turcos, Arabes, Coptos, cristianos y judíos dedicados á los diferentes ramos del comercio. El lenguaje, llamado *morisco*, jerga confusa de árabe, español é italiano, es el que está mas generalmente en uso. En orden á monumentos, los mas notables son el palacio nuevo, la aduana, la mezquita de mil y una

columnas, las fortificaciones y el arsenal de la marina.

El viajero no debe salir de Alejandria, sin ir á ver dos admirables obeliscos de un solo canto de granito rojo, y cubiertos de geroglíficos. Tienen cerca de 64 pies de altura, y 8 pies cuadrados por la base. Dicese que fueron traídos desde Menfis para adornar el palacio de Ptolomeo. El uno de ellos está en tierra; el otro aun en pié tiene el nombre vulgar de *Aguja de Cleopatra*.

La columna de Pompeyo, así llamada, del nombre del gobernador romano que la erigió en honor de Diocleciano, es una pilastra de granito rojo admirable por su altura, y no tiene geroglíficos. Su altura, comprendidos el pedestal y capitel, de orden corintio, y evidentemente de fecha mas moderna que el resto del monumento, es de cerca de 100 pies.

Las catacumbas *Necrópolis* ó ciudad de los muertos, son muy inferiores á la relacion que de ellas han hecho varios viajeros. Su entrada primitiva se ignora, y la actual está cerrada por una maciza puerta, cuya llave tiene un guardian árabe, quien, mediante una pequeña retribucion provee á los curiosos de luz y les sirve tambien de guia. Desde luego se recorre un pasadizo ancho abovedado, el cual termina en una pieza circular, cuyas paredes están llenas de tumbas cavadas en la piedra viva. Desde allí se pasa á un laberinto sin fin de pasadizos mas ó menos anchos, llenos tambien de tumbas, y cuya mayor parte está obstruida de tal modo por los escombros, que es muy difícil por no decir imposible el esplorarlos en su totalidad.

A corta distancia de las catacumbas y cerca de la orilla del mar, se ven varias aberturas en las rocas; á las cuales dan los habitantes el nombre de *Baños de Cleopatra*, porque allí, segun la tradicion, venia á bañarse todos los dias aquella célebre hermosura. Algo mas lejos, y en la misma orilla del mar, se encuentra un recinto cuadrado, cubierto de ruinas que se dice son las del palacio de aquella reina.

El canal del Nilo, llamado *Rahmanyeh Mahmoudyeh*, que sirve de comunicacion entre Alejandria y el Cairo por el brazo del Nilo que desemboca cinco millas mas allá de Roseta tiene su embocadura á cerca de 70 pasos de la columna de Pompeyo. En la cima de una eminencia cercana, hay una torre en donde vela de continuo un centinela encargado de anunciar la bandera de los buques que se dirijen hácia el puerto.

Los receptáculos que abastecian de agua en los antiguos tiempos á la ciudad, merecen tambien una ojeada del viajero; el cual debe prolongar sus escursiones hasta la columna de *Diocleciano* que está situada cerca de media milla al este de las catacumbas, y dentro del recinto de la ciudad antigua. Esta columna se eleva sobre un pedestal imperfecto de 12 pies de altura, y tiene 100 pies calculando la elevacion del capitel que tendrá de 8 á 10. La columna es de un solo canto de granito rojo, y tiene 9 pies de diámetro, careciendo como la de Pompeyo absolutamente de geroglíficos.

Hay tres caminos que conducen de Alejandria al Cairo. El mas frecuentado es el del Nilo, por el canal *Mahmoudyeh*; el segundo por Roseta y el Delta; y el tercero por el Desierto. Nosotros conduciremos al

lector por el segundo, no solo por ser el mas pintoresco de los tres, sino por sernos mas conocido.

Al partir de Alejandria para tomar el camino de Roseta, ó como dicen allí la puerta Canópica, se tienen que atravesar varios sitios cubiertos de escombros, y dunas de árida y caliente arena. El camino se hace en burros del pais, que son sin duda los mas corpulentos y corredores de su especie que hemos visto en nuestros dilatados viajes. Se entra en seguida en el desierto, y toda vegetacion desaparece á los angustiados ojos del viajero. Despues de cinco horas de marcha se llega á la antigua *Canope*; é inmediatamente se atraviesa la aldea de *Abukir*, tan célebre por la batalla ganada por Napoleon en 1798. El camino se prolonga entonces durante muchas millas sobre la costa meridional de la bahia de Abukir, hasta llegar á uno de los pequeños brazos del Nilo, el cual se pasa en una barca.

Poco despues llega el viajero al Caravanseraí en donde debe pasar la noche.

Al dia siguiente al amanecer, se sigue siempre á lo largo de la costa durante muchas leguas encontrando de tiempo en tiempo unos pilares negros que indican el camino hasta Roseta. El nombre árabe de esta ciudad es *Al-Raschid*, y recuerda al célebre califa *Aroun*, héroe de los fantásticos cuentos de las *Mil y una noches*. La vista de esta ciudad, tomada por la parte del desierto es bellísima. Rodéanla unos muros muy bajos, lo cual permite que se descubran casi en totalidad sus casas de ladrillo, muchas de las cuales tienen una multitud de ventanas que se proyectan hácia adelante en forma de torrecillas góticas. Las mezzitas son espaciosas y hay algunas entre ellas de imponente fachada: todas están adornadas de altísimos alusinares que tienen tres ó cuatro órdenes de galerías ó balcones unos sobre otros. Pero el artículo de posadas es lastimoso; no sabemos que haya mas parador que un mal meson servido por un italiano charlatan, en el cual sin embargo merced á no haber otro, suele uno encontrarse con agradables compañeros de viaje.

Los célebres jardines de Roseta están situados á corta distancia de la ciudad por la parte del Sur, en el camino que vá al convento de *Abu-Mandur*, en cuya parte mas alta ha hecho el virey construir un telégrafo. Desde la torre se goza de una vista soberbia sobre el Nilo y los jardines, los cuales consisten en plantaciones de granados, plátanos, limoneros y naranjos, entre mezclados con algunas palmeras y sicomoros. El paseo favorito de los habitantes es una gran plaza situada entre la ciudad y el rio, la cual sirve de desembarcadero para las mercancías de los buques que pueden llegar hasta allí. Lo mas notable que encierra Roseta, son las tenerías, y los almacenes, *shunah*, del Bajá, llenos casi siempre del bellissimo arroz de Egipto.

Roseta es el término de la segunda jornada asnal de nuestro viaje. Una buena parte de la tercera es al través del desierto, aun cuando se tiene allí el consuelo de ir costearlo el rio; pero llegados á una torre de sarracenos, la escena cambia súbitamente. Aquella torre parece un límite puesto entre la muerte y la vida de la naturaleza. Por detrás deja el viajero las tristes arenas del desierto en toda su espantosa desnudez; por delante se desarrollan á su vista como un

inmenso lienzo mil bellísimas praderías, cortadas por varios canales de riego, cuyos límpidos cristales inflamados por los rayos del sol, iluminan aquel paisaje encantador. Después de varias leguas de marcha, se llega á la aldea de *Tifeny*, situada sobre ambas orillas del Nilo que se atraviesa por allí en una barca para entrar en el Delta, cuya fertilidad extraordinaria se puede admirar desde Tifeny.

La tercera noche se pasa en *Juah*, ciudad bastante considerable, situada en la margen derecha del Nilo. Esta ciudad es una de las poblaciones manufactureras del país: las dos fábricas mas notables son: la de *tarbuches* (gorros encarnados) cuyo uso es tan general en todo el Oriente; y otra de *Zabuls*, que son una especie de capas ó mantas de lana, cuyo tejido es bastante grosero. Las casas de *Juah* son altas, de ladrillo como las de Roseta; y en algunas notamos el lujo de vidrios en las ventanas, no muy comun en aquellas regiones. El Caravanseraí en donde los viajeros deben pasar la noche está precisamente en medio del bazar. *Juah*, tiene, ademas algunas mezquitas y varias casas de baños, aunque poco notables.

La ruta del día siguiente es casi siempre á la orilla del Nilo, el cual se va ensanchando desde Roseta. Varios islotes cubiertos de verdes y espesos bosquecillos interrumpen agradablemente el curso de sus aguas; y las aldeguelas y caseríos, numerosísimos en esta parte del Delta, dan aun mayor variedad al viaje. Después de medio día, se atraviesa la población de *Deir-Ibrahim*, que dicen fué la antigua *Naucratis*, lugar en donde debían detenerse los Griegos que comerciaban en Egipto, como sucede hoy en Cantón á los europeos que comercian con la China. Dejando esta población que tiene el segundo nombre de *Ed-Desug*, se llega á *Sal-el-Hadyar*, cerca de la cual estaba situada la magnífica ciudad de *Sais*, antigua capital del bajo Egipto; y poco después se encuentra *El-Kodabé*, en donde se pasa la cuarta noche.

Allí es necesario dirigirse al *Sheik-el-beled*, ó alcalde de la aldea, para procurarse un cuartejo en el Caravanseraí.

Partiendo el viajero al amanecer del siguiente día, atraviesa entresiete y ocho de la mañana el canal de *El-Tarsek*; luego, la aldea de *Beir*, y cerca del medio día llega á *Cafr-Diami*, en donde se ven numerosos plantíos de naranjos y limoneros. Los caminos, si tal nombre puede dárseles en el Delta, son unos senderos estrechísimos, y en muchas partes, atraviesan campos cultivados, cuyo limite es por lo regular una zanja estrecha y poco profunda. También se encuentran numerosos canales que se atraviesan ya en barca, ya por puentes de piedra bastante bellos, obra del bajá. En *Tukh-el-Nassera*, es necesario volver á solitar del *Sheik-el-beled*, la boleta de alojamiento para pasar la quinta noche.

Saliendo al día siguiente á las seis, se atraviesa cerca de las nueve un hermoso canal, de cuyo nombre no podemos acordarnos; todo el país aquel es magnífico, llano y cubierto de un césped tan verde y brillante que nada tiene que envidiar á los mas bellos prados de Inglaterra. Varios plantíos de frutales, interrumpidos de vez en cuando por palmeras y sicomoros dan aun mayor belleza al paisaje. Después de haber atravesado dos ó tres aldeas se llega á *Shibin-el-Kom*, plaza de alguna importancia, y en la cual ha es-

tablecido el bajá una gran factoría. Un poco mas lejos, y hácia el Norte, se reúne el canal de *Tanta* al de *Hariner* y el viajero prosigue su camino á lo largo de aquellas aguas, que presentan todos los accidentes de un riachuelo, y cuyas onduladas orillas vestidas de naranjos ó limoneros contrastan de una manera agradable con el colorido de oro mate de los campos que cubren la vasta llanura situada entre el canal de *Mer-ruf* y *Damieta*. La sexta noche se pasa en *Bershaum*; y al día siguiente se sigue el camino que costea el brazo del Nilo que vá á *Damieta*, se atraviesa el rio en *Shubr-es-Shavvich*, y se entra en el rico país de *Goshen*, célebre por haber sido la mansión de los hijos de Israel durante su cautividad en Egipto.

Cerca del medio día, se llega á *Kiliub*, cabeza de partido, en donde se detienen los viajeros regularmente para descansar un poco y tomar algunos refrescos en un mal café, único que se encuentra en la población. Desde este lugar se descubren distintamente las gigantescas pirámides. A alguna distancia de *Kiliub*, y en un lugar llamado *shubra*, se entra en una grande avenida de acacias, sicomoros y otros árboles, que conduce al Cairo. El camino tiene por esta parte de 90 á 100 pies de anchura; y el viajero, defendido de los ardientes rayos del sol, por la protectora sombra de las alamedas, contempló con una sensación de indecible voluptuosidad los pintorescos jardines, y los odoríferos bosquecillos de naranjos, limoneros y otros arbustos aromáticos, que hay á ambos lados del camino, y cuya fragancia perfuma y embalsama aquel aire de embriagadora frescura. A la estremidad de aquella avenida, entra por fin el admirado viajero en el famoso Cairo.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

EL VERDUGO.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

(Conclusion.)

—Huid, ah! huid! exclamó Clara, pudiendo apenas respirar: mis hermanos se dirigen á este sitio... aun es tiempo; no perdáis un instante; este camino es practicable y seguro; bajad la cuesta sin detencion y estareis libre, porque al pié de ella os espera el caballo de Juanito. Qué! no meáis, Víctor? Partid, partid por Dios; ah! no os empeñéis en hacerme llorar eternamente... Trastornado, sin saber lo que hacía, el oficial clavó sus ojos en los hermosos árabes de Clara; cogió su mano, apretóla fuertemente contra su pecho; exhaló un suspiro y desapareció en la direccion que su libertadora acababa de indicarle. Tiempo era; pues sus enemigos se presentaron en la cerca del jardín un momento después. Dejose resbalar por una pendiente rápida que formaba la cuesta, y aunque multitud de balas silbaban en sus oídos, no se detuvo; encontró el caballo del hijo del marqués amarrado á un árbol, montó en él sin vacilar y partió á todo escape.

Cuando llegó al cuartel general supo que el general G. estaba almorzando con los oficiales del estado mayor. Víctor se hizo anunciar y fué admitido al momento.

—Mi general, yo vengo á entregarme á todo el rigor de las leyes militares, dijo con firme acento, adelantándose hácia su oficial superior.

—Siéntese vd., caballero, respondió el general con agrado: lo primero es descansar; después oiré lo que tenga vd. que decir: y la inflexible severidad de su semblante, que pintaba la dureza de su corazón, se dulcificó delante de Víctor.

En cuanto este se repuso de su turbacion, dió

cuenta exacta del levantamiento de Menda sin disimular ninguna de las circunstancias de que había sido testigo: un profundo silencio, una tristeza general fueron los comentarios á que dió lugar su relacion.

—Mi opinion es, dijo al fin el general, que vd. es mas digno de lástima que de castigo, pues no hay motivo para que se le hagan á vd. cargos sobre la conducta de los habitantes de Menda. Así es, que á menos que el mariscal no me ordene otra cosa, no pienso, ni aun poner á vd. en arresto.

—Pero señor, replicó Victor, ¿cuando el Emperador lo sepa?...

—Es muy probable que lo mande á vd. pasar por las armas; pero no es esto lo que ahora debe ocuparnos. Lo que hemos de hacer ahora, añadió levantándose, es vengar la muerte de nuestros soldados, pero vengarla de una manera terrible.

Una hora despues, un regimiento entero seguido de fuerte destacamento de caballería y otro de artillería, marchaba por el camino de Menda, llevando al general G. y á Victor á su frente. Informadas las tropas de la suerte de sus compañeros, y estimuladas por la rabia y el deseo de una pronta venganza, desplegaban la mayor actividad y un ardor extraordinario. Las aldeas por donde pasaban se habian levantado en masa, pero dada por el general la orden de diezmar á sus habitantes, pronto se redujeron á la obediencia.

Por una circunstancia inesplicable la escuadra inglesa permaneció estacionaria sin entablar comunicaciones con tierra, de modo que la ciudad de Menda se vió cercada por las tropas francesas antes de hacer la menor demostracion de resistencia. Sus vecinos, privados de los auxilios con que habian contado, se vieron reducidos á la necesidad de rendirse á discrecion. Aquellos que se contaban como mas comprometidos en los últimos sucesos, presumiendo con razon, que la ciudad iba á ser entregada á las llamas, y sus moradores fusilados, ofrecieron al general sus vidas bajo la condicion de que se respetase á Menda y se perdonase á sus conciudadanos. Digno esfuerzo de valor y desprendimiento frecuente en una guerra llena de desastres y de heroicas acciones. El general aceptó tan extraordinaria como inesperada proposicion; sin embargo, impuso contribuciones exorbitantes, para el cobro de las cuales, retuvo en rehenes á varios hacendados ricos que gozaban en el país de la mayor consideracion. Además exigió que todos los que vivian en el castillo, desde el marqués hasta el último criado se le entregasen inmediatamente y sin condicion alguna.

Acampadas ya las tropas y dispuestas otras precauciones necesarias á su seguridad contra un ataque repentino, el general se dirigió al castillo del cual tomó inmediatamente posesion. En seguida mandó amarrar los brazos á toda la familia del marqués, lo mismo que á sus criados, designándoles por prision la sala del baile: despues de este primer paso se estableció con su estado mayor en un aposento vecino donde celebró un consejo, acerca de las medidas que debian adoptarse en caso que la escuadra inglesa intentase algun desembarco. Por lo pronto se dispuso levantar baterías en la costa, y dirigir al mariscal Ney un correo con los partes de todo lo ocurrido.

Los españoles que se presentaron al general francés declarándose principales fautores del levantamiento de Menda fueron conducidos en número de 200 á la azotea del castillo y allí pasados por las armas. Acabada la ejecucion, mandó el general levantar tantas horcas cuantos eran los presos de la sala del baile, sin descuidarse de prevenir al verdugo.

Victor, á quien traspasaban el corazon estas órdenes sangrientas, se aprovechó de la dilacion que los aprestos ocasionaron para volar al consuelo de los prisioneros; despues de un corto instante que pasó con ellos, se presentó al general y le dijo con voz cortada por mil suspiros.

—Mi general, caiga sobre mí la responsabilidad del atrevimiento que me tomo, implorando una gracia para esos infelices.

—¿Vd., caballero oficial? ¿Vd.? preguntó el gefe con amarga sonrisa.

—Es un favor bien triste y bien fácil de conceder, general. Informados del género de suplicio á que se les destina, piden que se modifique, disponiendo que á los que sean nobles se les corte la cabeza.

—Concedido.

—El marqués pide tambien que se le concedan los auxilios de la religion; y además bajo palabra de honor, de no intentar ningun medio para evadirse, exige que tanto á él como á su familia se les desaten las ligaduras que los oprimen.

—Muy bien, pero vd. responderá de las consecuencias. ¿Qué mas quiere vd.? añadió con severidad viendo que Victor no se retiraba.

—El marqués ofrece á V. E. todos sus bienes, con tal que no se quite la vida al mas jóven de sus hijos.

—¡Gran esfuerzo de generosidad, cuando todas sus propiedades están á disposicion del rey José! pero en fin, continuó despues de reflexionar breves instantes, al paso que sus facciones presentaban toda la expresion de un triunfo feroz y salvaje; ya veo que el marqués tiene empeño en que se le conceda esa gracia, y estoy dispuesto á hacer por él mas de lo que solicita. En sus manos está el evitar que se borre su nombre, y pues desea que exista uno de su raza, existirá para perpetuarla como un eterno testimonio de su traicion y de su castigo: pero solo yo he de fijar el precio de esta merced. Escuche vd. bien mis palabras. Permitiré que goce todas sus riquezas, despues de conservarle la vida, á aquel de sus hijos que quiera servir de verdugo en el suplicio que se prepara para su familia. Adios. Haga vd. saber al marqués este convenio, y que jamás oiga yo volver á hablar, ni de él, ni de los suyos. Al acabar estas palabras, pasó á otra habitacion del castillo, donde los gefes le aguardaban para comer, y dejó á Victor anonadado.

Los oficiales se sentaron á la mesa deseosos de satisfacer un apetito provocado por una larga y penosa marcha, pero Victor solo pensó en la desgraciada suerte de los prisioneros, y al considerar que él era la causa principal de sus males, pues que su pronta llegada al cuartel general despues de la aciaga noche en que Clara lo salvó, hizo que se apresurasen los preparativos contra Menda, antes que la familia del marqués tuviese lugar de ponerse en salvo, se desconsolaba amargamente y maldecía su estrella que le habia preservado del desastroso fin que cupo á los soldados de su destacamento. Reunió sin embargo todo su valor para presentarse á aquellas infelices victimas de la barbarie del general G. y entró con lentos pasos en la sala, donde el marqués, su esposa y sus hijos se hallaban sentados y oprimidos con fuertes ligaduras. Los criados en número de ocho, estaban de pie, amarrados de dos en dos, mudos, inmóviles, dirigiendo á sus amos tristes miradas, y mostrando en sus semblantes el esfuerzo y la resignacion, virtudes de que tenian delante tan nobles ejemplos.

Estremeciósse Victor al contemplar aquel triste espectáculo. Aquella sala que era su prision, habia sido poco antes testigo de sus fiestas y placeres; y aquellos ricos y brillantes tapices que adornaban las paredes, formaban irrisorio contraste con el cruel suplicio que estaba reservado á las personas para cuyo fausto y magnificencia se colocaron allí.

Al momento dió orden á los soldados de la guardia de que cortasen las cuerdas que sujetaban sus brazos, y él mismo desató las que oprimian á Clara, sin que en aquel triste momento pudiese dejar de admirar los encantos de la hermosa española, así como su delgadísima cintura, su trenzado cabello negro y sus largas pestañas, que velaban unos ojos de fuego llenos de lágrimas, de angustia y de indignacion.

—Este es el pago de haberos salvado de una muerte cierta. ¿Estais satisfecho? dijo la bella jóven, mien-

tras el oficial inclinado hacia ella desataba las cuerdas que sujetaban sus brazos, que parecían modelados por un estatuario. La emoción impidió á Victor contestar, y deseando á toda costa evitar las inquietas y ardientes miradas que Clara le dirigía, volvió su rostro al lado en que estaban los demás individuos de la familia del marqués. El mayor de sus hijos, Juanito, tenía treinta años; era de corta talla y mal configurada persona, pero estos defectos se veían en él eclipsados por una dignidad verdaderamente española, heroica, desdenosa, en medio de la cual brillaba toda la energía, todo el valor que caracterizaba á su nación. Felipe, el segundo, acababa de cumplir veinte años, y era un perfecto retrato de Clara; el menor, que tenía por nombre Rafael, solo contaba ocho años; era un niño dócil y tímido en cuyas facciones se notaba impresa la imagen de la paciencia y de la resignación. El rostro venerable del marqués sombreado de blancos cabellos ofrecía al artista un estudio digno del pincel de Murillo. Al pasear el triste Victor sus melancólicas miradas sobre aquel grupo interesante y patético no encontraba palabras, para hacerles saber la determinación del general. Vencido al fin, por la viva solicitud é impaciencia de Clara, declaró á esta la horrible verdad.

Un color cadavérico reemplazó á las brillantes rosas en las mejillas de la joven; pero luchando en su interior contra la violencia de terribles sensaciones consiguió vencerlas y aparecer serena. Adelantóse con tranquilidad hacia el marqués y arrodillóse á su lado, rodeada de toda la familia que apenas respira por oír las palabras que iban á salir de su boca, le dijo:

—Padre mío! amado padre mío! Yo os suplico que hagáis jurar á Juanito, por la esperanza que tiene de alcanzar la gloria eterna, que ejecutará vuestros mandatos, sean cuales fueran, y de este modo aun podemos ser dichosos.

Su madre temblando de alegría y de esperanza, se acercó á Clara para oír mejor lo que esta decía al oído del marqués; lo que oyó por desgracia, y lanzando un grito lastimoso, cayó á tierra sin sentido.

Juanito también comprendió algo del horrible misterio, porque en el mismo instante agitó todo su cuerpo una rabia convulsiva y sus labios se movieron para murmurar una imprecación contra el monstruo que así degradaba la naturaleza humana.

Victor mandó que se retirasen los soldados, lo que hicieron llevando á los infelices criados, quienes una hora después fueron entregados al verdugo, y recibieron en la horca el premio de una fidelidad nunca dementida hacia sus amos.

El marqués se levantó y con voz solemne llamó

á su hijo Juanito. Este, conociendo la intención de su padre no pudo responder: los sollozos embargaron sus palabras y solo indicó con un gesto significativo su negativa absoluta.

Clara fué á sentarse sobre las rodillas de su hermano, ciñó su cuerpo con uno de sus brazos, y separando el pelo que le caía sobre los ojos, le dió un beso en la frente.

—Vamos, hermano mío, mi querido Juanito, le dijo cariñosamente: valor, ¡un poco de valor! ¡Si supieras cuán dulce me será la muerte recibida de tu mano! Y qué ¡consentirás que me toque el verdugo! No: tú solo, tú darás fin á los tormentos de mi desdichada existencia, y de este modo anublaremos el triunfo de nuestros enemigos.

—Es preciso que seas hombre, hermano, le añadió Felipe: ármate de noble orgullo, y que nunca se diga que por tí se ha extinguido nuestro glorioso nombre.

En aquel momento todos hicieron lugar al marqués que se adelantó con calma y majestad, puso las manos abiertas sobre la cabeza de su hijo y pronunció estas palabras:

—¡Hijo mío! es mi voluntad: la voluntad de un padre, yo te lo mando.

Juanito permaneció inmóvil.

—El marqués, su esposa y sus hijos se arrodillaron á sus pies tendiendo los brazos hacia el infeliz que á costa de un enorme sacrificio, podría salvar su ilustre nombre del olvido.

—Acuérdate de que eres hijo mío, exclamó el primero: haz ver á esos infames que por tus venas circula sangre española, y que conozcan por tu grande esfuerzo la magnánima resolución y los verdaderos sentimientos que animan á la nación entera. No permitas que mis súplicas sean vanas, ni alegues un dolor inútil, cuando las almas necesitan fortalecerse con heroicos recuerdos. ¿Qué son los tormentos de tu corazón comparados con el honor de tu familia que debes conservar ileso y puro? ¿Dudas acaso de que yo no ofreciese por tí mi blanca cabeza? Vive pues por mí, por tu madre, por tus hermanos, sacrifica tu reposo por el lustre de nuestro nombre, y no permitas que una mano infame se pose sobre ella. ¿Es este nuestro hijo, señora?

añadió levantándose indignado, en tanto que Juanito, con los ojos fijos en el suelo, y el rostro demudado y sombrío, se mantenía inmóvil en un asiento, semejante mas bien á una estatua de mármol que á un ser viviente.

—¡Ya cede! ¡ya cede! gritó la madre con acento de triunfo y de desesperación. Aquella infeliz había notado un ligero movimiento que ella sola era capaz



de interpretar como una prueba de la cruel obediencia de su hijo.

El limosnero del castillo compareció y al momento se vió rodeado de toda la familia. Clara lo condujo á donde estaba Juanito, en tanto que Victor, no pudiendo sufrir por mas tiempo un espectáculo tan amargo, corrió á tentar el último esfuerzo con el general, cuyo mal humor se habia dulcificado considerablemente por la virtud de los deliciosos vinos que encerraban las bodegas del castillo.

Dos horas despues, los principales habitantes de Menda se hallaban reunidos en el terraplen del castillo por orden del general, á fin de presenciar el suplicio de la familia del marqués de Leganés. Los desgraciados que la componian se veian ya colocados enfrente de la linea de horcas, pendientes de las cuales se balanceaban los cuerpos de sus criados. Una numerosa guardia cercaba por todas partes la azotea, y servia al mismo tiempo para contener á la multitud; á distancia de treinta pasos se levantaba un tajo, encima de él habia una hacha, y para que nada faltase á tan repugnante cuadro, detrás de él se hallaba el verdugo, pronto á cumplir su ministerio, en caso de que Juanito no ocupase su lugar.

El profundo silencio y compostura que reinaba en el terraplen solo fué interrumpido por el mesurado paso regular de la tropa, por el ruido de sus armas y por las intempestivas é indecorosas carcajadas de los oficiales escitados por el vino y los licores. Del mismo modo en aquella noche fatal, causa de todas las desgracias, el estruendo del baile y los sonidos de música, se mezclaban á los lamentos de la guarnición asesinada. Todas las miradas se fijaron en los desdichados que iban á perecer, los cuales, á escepcion de uno solo, avanzaron con paso firme y ánimo sereno al lugar de la ejecucion. El desventurado Juanito, con aspecto frio y resignado, pálido, cadavérico, estaba apoyado en el hombro del limosnero, que se esforzaba en alentarle á vivir, valiéndose al efecto de todos los argumentos que la religion le inspiraba. El marqués, su esposa y sus cuatro hijos se arrodillaron á corta distancia del tajo y Juanito, conducido por el sacerdote, se adelantó vacilando: el verdugo le dirigió algunas palabras, que tal vez contenian instrucciones relativas al cumplimiento de su terrible oficio. El confesor quiso colocar las victimas de modo que solo viesan la parte que no podia ocultárseles de aquellos funestos preparativos; pero eran españoles, y no manifestaron el menor sintoma de desaliento.

Clara entonces habló á su hermano. Soy una débil muger, le dijo: ten piedad de mí... me falta el valor que quisiera tener... sea pues yo la primera. Diciendo así, se arrodilló, inclinó la cabeza sobre el tajo y esperó el golpe. Victor apareció al mismo tiempo en el terraplen, y gritó despavorido: Clara, hermosa Clara, estás libre; el general os concede la vida, si prometeis ser mia.

La heroica española contestó con una mirada de desprecio: Miserable! habeis causado la desgracia de mi familia; sois un enemigo de mi patria y estas dos barreras os separan de mí. Os he amado, y voy á esperar en el suplicio mi criminal pasion; criminal, sí; porque sin este amor, vos Victor, hubiérais perecido la noche del levantamiento de Menda y mis padres y mis hermanos no se verian en este triste trance. Hiere, hermano mio, hiere. ¿Qué aguardas? Y su cabeza rodó hasta los pies del oficial.

Al ruido sordo que hizo el hacha al caer, la pobre madre se sintió ajitada de movimientos convulsivos. Esta fué la única señal de debilidad que manifestó antes de espirar.

—Estoy bien así, Juanito? dijo el valiente Felipe.

Juanito sin responderle terminó su agonía. Detrás de Felipe pereció el inocente Rafael.

—Lloras Margarita? La voz de Juanito al pronunciar estas palabras, parecia salir de un sepulcro.

—Por tí lloro, por tí, amado Juanito. ¡Cuán desdichado vas á ser en este mundo! ¡Acaba de una vez...!

El marqués se adelantó en seguida. Su elevada estatura, su rostro noble é inponente inspiraban res-

peto y amor. Fijó primero sus ojos en aquel suelo inundado de la sangre de sus hijos; abriólos despues hácia el cielo, y dirigiéndolos luego á la multitud dijo con voz segura y pausada: Españoles que me escuchais, sed testigos de la bendicion que doy á mi muy querido hijo en mis últimos instantes; quiera Dios que repose eternamente sobre su cabeza. El sitio que ocupa, infame para otros, es para él el del honor, el que le ha impuesto una obligacion sagrada: así lo declaro en nombre de Dios á la hora de mi muerte.... Y ahora, marqués de Leganés, hiere sin temor porque tus manos están puras.

Cuando Juanito vió acercarse á su madre sostenida por el limosnero, no fué ya dueño de sí mismo. Abandonóle enteramente su anterior firmeza y esclamó con desesperada agonía. — ¡Mi madre tambien! ¡la sangre de mi madre! ¡Oh Dios! ¡esto es demasiado! — Un grito general de horror salió de la multitud, y aquel grito impuso silencio á los brindis de la orgia que se celebraba en el castillo.

Viendo la marquesa que la fortaleza y el valor de su hijo no habian podido resistir á una prueba tan atroz, contempló un momento los cuerpos inanimados que yacian por el suelo, y á pesar de su edad subió sobre el parapeto del terraplen, se arrojó animosamente y desapareció en el abismo.... El hacha ensangrentada cayó de las manos de Juanito; sus ojos lanzaron el fuego del delirio; arrojaron sus lividos labios un imperceptible sollozo, y se desplomó sin conocimiento sobre las queridas victimas que su mano acababa de inmolarse.

El marqués de Leganés objeto de la estimacion pública, y colmando de honores por su nacion, vive todavia, retirado de la corte y del bullicio del mundo, y con el corazon traspasado por el recuerdo de los infortunios de su casa. El nacimiento de un heredero viva y largamente deseado, costó la vida á la virtuosa muger que eligió por compañera de su melancolia; pero su nombre no morirá con él; el sacrificio de su felicidad no fué infructuoso, y ahora puede morir sin faltar á sus deberes, puede arrojar el grave peso que aniquila su corazon, puede reunirse á los amados objetos que le esperan en un mundo mejor; y podrá decirles con el alma tranquila: Os obedeci, y vuestros votos se han cumplido: no se ha extinguido el ilustre nombre de los marqueses de Leganés.

R. G.

La edicion del número del SEMANARIO correspondiente al domingo último se ha agotado: hacemos esta advertencia para que los numerosos suscritores que han ingresado esta semana y no recibieron el número indicado al hacer su abono, suspendan sus reclamaciones hasta que esté dispuesta una nueva tirada que se repartirá con el próximo. Del que se ocupa de el Dos de Mayo volverá á haber ejemplares de venta en los puntos de suscripcion desde el martes.

La falta de espacio nos obliga á retirar una revista de teatros que teniamos compuesta y dos láminas.

GEROGLIFICO.

